LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—**Apartado de Correos 547, MADRID**

MANUEL GONZALEZ
SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO
MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo.** De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN

Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*

Agua de la belleza
PRODIGIOSO DESCUBRIMIENTO

Hermosea el rostro, dejándole terso, blanco, de suave color y con la brillantez de la juventud. Nadie puede advertir su uso.

En las perfumerías de lujo, al precio de *5 pesetas* en Madrid y 6 en provincias.—Unico depósito en España: *Jacometrezo, 40 y 42, José Andreu.*

SANTALINO
GAYOSO

(Cápsulas de Sándalo y Salol alcanforado) para la curación de la *Blenorragia, Cistitis, catarros de la Vejiga* y todos los flujos de los órganos genitales sin necesidad de inyecciones, 4 pesetas frasco (4,50 por correo) en las principales farmacias de España y América. *F. GAYOSO,* Arenal, 2, Madrid.

Fotograbado de A. VAZQUEZ

Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID

PULSERAS DE PEDIDA

desde 40 pesetas. Véanse en los escaparates de García Guerra, hijo.

LUNA, 3

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

ALMA GUASONA
Por JUAN PEREZ ZUNIGA . . . *2 pesetas.*

AÑO I. **Madrid, 15 de Julio de 1911.** **NÚM. 11.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
EDUARDO ZAMACOIS
La canción eterna.
FERNANDO MORA
El beso.
EL SASTRE DEL CAMPILLO
Viaje de novios.
EL CONFESONARIO
Artículos de CARMEN IBAÑEZ
y SEGURITA
JOAQUIN CAMARGO «VIVILLO»
Los amores del «Vivillo»
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ
El triunfo de don Juan.
RAFAEL LÓPEZ DE HARO
Partes de la mujer.
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
El ideal.
ANTONIO DE LEZAMA
Las apariencias.
JOSÉ JUAN CADENAS
La cita.
TOMÁS BORRÁS
Los ejemplos del señor Abad.
CYRANO, FRESNO y ALFONSO
Retratos y caricaturas de Amalia Bergasses, Lucia Tersols, Carmen Ibáñez, Francos Rodríguez, Seguritа, Gómez de la Serna, el «Vivillo» hablando con Répide, Gómez-Hidalgo y Bujarano. Postales de «don». Escartín y otros dibujos.

5 cénts.



AMALIA BERGASSES

Gentilísima bailarina que une al encanto de su arte el ensueño de sus diecisiete años.



La inocencia de las monjas

ó el Niño del Nacimiento.

Pues, señor, (y va de cuento).

Sabido es que las esponjas no entran en ningún convento, por lo cual las religiosas —como no las usan— suelen tener yo no sé qué cosas ocultas, que, cuando huelen no es precisamente á rosas.

Supongo, pensando á bulto, que eso que tienen oculto las monjas en los conventos vendrá á ser los ornamentos destinados para el culto. Pero fuere lo que fuere, como el cuento no requiere que se esclarezca este punto, vamos de lleno al asunto que la crónica refiere.

Existía en un convento monjil una religiosa que, por entretenimiento, pintó una tabla preciosa (figuraba el «Nacimiento del Hijo de Dios»), con tal arte y con tanto cariño, que más que un ser ideal parecía ser el Niño Jesús de carne mortal.

Las monjas, cuando lo vieron, de que lo fuera dudaron. Las unas se lo miraron, y las otras se lo olieron, y algunas se lo palparon. Y tras de tanto mirar y tanto oler y palpar la obra de su compañera, hubieron de confesar paladinamente que era de mentirijillas, por faltarle á Nuestro Señor (según observó la priora) cierto detalle que ahora no recuerda un servidor de ustedes.

Como —magüer su modestia y humildad— las monjas suelen tener la ardiente curiosidad que es innata en la mujer, al escuchar el reparo de la madre superiora, se dijo cada una:

—Ahora no lo sé; pero no paro yo hasta que llegue la hora de que venga Serafín á regarnos el jardín (pues Serafín era el nombre del hortelano), que, al fin y al cabo, como él es hombre y, además, ya tiene un hijo mayor, habrá visto sus cosas y sabrá de fijo qué es lo que la madre dijo faltarle al Niño Jesús.

Y, por su parte, la artista pensó:

—Cuando Serafín venga á regar el jardín hoy, no bajaré la vista cual manda la regla.

En fin, que al llegar el hortelano, viéndole en el jardín con no sé qué cosa en la mano, tomó un trozo de carbón y, sin decir tus ni mus á nadie, colocó —tal cual era y del natural— sobre el divino Jesús lo de aquel hombre mortal.

Y cuando las monjas vieron lo que le puso en la mano la artista, se sorprendieron, y todas á una dijeron:

—¡Jesús! ¡La del hortelano!

Y nadie se sorprendiera mucho menos cuando viera que un niño tan chiquitín tenía una regadera como la de Serafín.

Es que la artista, por tal de ser exacta y puntual, y verídica y sincera, ¡le pintó una regadera de tamaño natural!

Por lo cual, y en conclusión, la unánime exclamación vino á probar, ¡vive Cristo!, que todas habían visto la regadera en cuestión.

Post-scriptum.—Yo no sé si este cuento historia fué; mas conste que no lo invento, caro lector.

«Como me lo contaron te lo cuento.»

Carlos Miranda

LA CANCION ETERNA

Hubo un momento de silencio. La tarde, una tarde cálida de primavera, declinaba. En los ámbitos del gabinete silencioso resonaba el lejano rumor de los coches que huían rodando velozmente sobre el piso asfaltado de la calle. En el techo de la habitación empezó á reflejarse la luz de los primeros faroles encendidos.

—Qué bien se está así —exclamó Paquita—, lejos de todo, olvidada de todos, acariciando la ilusión de ser muy querida...

—Sí, es cierto... —repuso Enrique, que se había detenido enfrente de un espejo, procurando arreglar con sus dedos febriles el nudo deshecho de su corbata—: ¡nadie te ha querido como yo!

—Nadie.

—¿Estás convencida de ello?

—Sí.

—Pocas mujeres podrán vanagloriarse de ser tan amadas.

—Muy pocas.

—¿Y tú, me quieres de igual manera?...

Ella abrió lentamente los perezosos párpados que el sueño cerraba.

—Sí... te quiero con... frenesí... es una... idolatría...

Una laxitud invencible iba paralizando el curso de sus pensamientos.

Acababa de ser demasiado feliz para que su cuerpo, rendido, no experimentase la necesidad apremiante de morir para descansar, aunque sólo fuese con la muerte pasajera del sueño. Dejó caer la cabeza hacia atrás. Sentía que el principio consciente, ese «algo» misterioso, resorte indispensable de la vida, moría en ella. Abrió los brazos... Luego la boca. Su respiración fué más lenta, más tranquila... Su rostro adquirió esa placidez engelical que debe producir la suprema bienandanza... Y al fin se quedó dormida, sumida en un deleitoso nirvana.

Enrique, de pronto, se volvió.

—¡Paca!—dijo.

Ella continuó alentando blandamente, sin responder: una sonrisa dulce como un canto de amor vagaba en sus purpurinos labios entreabiertos.

—Paquita...,—repitió Enrique—¿no oyes?

No obteniendo contestación, cogió un libro y fué á sentarse junto á la ventana sintiéndose él también feliz y emperezado por los voluptuosos efluvios de aquel atardecer primaveral.

En los cristales del balcón se reflejaba la luz de los primeros faroles encendidos.

En la oquedad de la habitación silenciosa resonaba el eco lejano de los coches que rodaban sobre las calles asfaltadas...

Luego Enrique, aburrido, se levantó.

—Paquita, ¿no oyes? Anda, no seas perezosa... Paquita, vámonos...

Ella no contestó: seguía dormida, alentando con su suave y blanda respiración de niña dormida. Entonces él se sentó á su lado, sobre el diván, como si repentinamente hubiese tenido el capricho de arrullar su sueño con un canto de amor...

—Paquita, Paca de mi alma... ¿te acuerdas...?

Se lo fué recordando todo: dónde se conocieron, sus primeras impresiones, los primeros balbuceos de su pasión... Fué un soliloquio muy tierno, muy largo...

Ella, no obstante, insensible al poderoso magnetismo de las grandes pasiones, continuaba durmiendo.

El, aburrido de aquel inútil discurso, se levantó para proseguir vistiéndose delante del espejo. De vez en cuando se volvía para arropar á la joven en una ardiente mirada de amor.

—Paquita—decía—¿vámonos?

Y pasados unos instantes:

—Niña de mi alma, ¿no oyes?... ¿No presientes que soy yo quien te llama?

NUESTRAS COCOTAS



LUCÍA TERSOLS

Y ella, nada... ¡sin despertar!

De pronto Enrique, al ponerse el chaleco, dejó caer inadvertidamente sobre el mármol del lavabo una moneda de oro, que redobló sobre la piedra ese agudo tintineo aguijoneador supremo de la codicia. Y entonces Paquita, la enamorada Paquita, ¡despertó bruscamente, frotándose los ojos, sobresaltada por aquella voz misteriosa que acababa de susurrar en su corazón de pecadora, la canción irresistible del oro.

—¿Qué sucede?—exclamó clavando en Enrique una mirada preguntona.—Creí que me llamabas...

Eduardo Zamacois

EL BESO

Es corriente eléctrica
que excita los nervios,
que nubla la vista,
que sacude el cuerpo
con el voluptuoso
vaivén del deseo;
es ruido, á veces,
parecido al trueno
que en la lejanía
rompe su agrio estruendo;
otras es mordisco
cariñoso y tierno
que deja en los labios
círculo de fuego;
pero de la dicha
es presagio, el beso
callado, sin ruido,
sin brutal esfuerzo,
como un suspirillo,
como un discreteo,
y más, si al besarse
se abrazan dos cuerpos;
entonces, nenuca,
se goza un mareo...
Lo dicen los que aman,
besar es consuelo,
es gozo, es delicia,
y dicha y contento;
si quieres, hermosa,
que te lo demuestro,
verás cómo unidos
mi cuerpo á tu cuerpo,
sin dejar la tierra
subimos al cielo...

Fernando Mora

VIAJE DE NOVIOS

UNA Compañía francesa de ferrocarriles ha establecido un nuevo servicio de vagones-camas para recién casados.

El Consejo de Administración, como todos los consejos de esta clase, no ha tenido dicha idea altruista por iniciativa propia, sino á fuerza de repetidas quejas de los viajeros á quienes les ha tocado en el propio departamento, ó en los inmediatos, una pareja de tórtolos tan atenta á su místico amor como desentendida de el del prójimo.

La colección de las reclamaciones hechas en las estaciones de ruta podría, convenientemente ilustrada con grabados intercalados en el texto, formar el más excitante volumen de cualquier biblioteca afrodisíaca para escolares, ancianos y sacerdotes.

No sería título desafortunado el de *Las gorras de viaje*.

Los interventores contribuyeron no poco á la decisión del Consejo, haciendo llegar hasta sus oídos la necesidad de que les asignase un sobresueldo para zarzaparrilla, y la empresa, teniendo en cuenta el aumento que esta nueva partida de herbolario originaría en los gastos, decidió atender las quejas de los viajeros y aislar á los recién casados, facilitándoles departamentos *ad hoc* con toda la independencia y comodidad que el caso requiere.

Se ha suprimido en ellos la intervención. No era correcto que entrasen á taladrar los interventores.

Ahora sólo pueden entrar en el caso de que por querer continuar los novios, tengan necesidad de un suplemento.

Dichos vagones carecen de mirillas tras de las cuales pueda avizorar el ojo inquieto y relampagueante de un viajero curioso, y reposan sobre muelles de doble suspensión para evitar los movimientos bruscos, y sobre todo las violentas oscilaciones de las curvas.

En vez de dos literas, hay una sola y no muy ancha, deficiencia que, á decir verdad, todavía no ha sido objeto de las quejas de los viajeros.

Hay que advertir que en estos vagones no pueden viajar los matrimonios viejos.

No llevan calefacción de ninguna clase, y hasta ahora nadie la ha echado de menos.

Tampoco llevan timbre de alarma, sin duda porque la empresa ha dispuesto que en tan felices momentos no hay quien se alarme por nada.

Las portezuelas se cierran por dentro y automáticamente, en previsión de que el amor es muy olvidadizo.

En el techo hay una alegoría: dos palomas dándose el pico.

La empresa, que por lo visto además de ser eminentemente administrativa es algo filósofa, ha colocado en dichos vagones sendos relojes despertadores para que no sorprenda á los recién casados la estación de destino; en la esfera se lee esta sentenciosa inscripción: *Las horas del amor son fugaces*. Debe haber en el Consejo algún pequeño filósofo.

El tocador tiene de todo; y con eso está dicho todo.

El comedor es independiente, y á su servicio hay camareros viejos, siendo preferidos los asmáticos porque tosen á menudo.

La empresa pensó primero poner camareras ancianas; pero el consejero filósofo debió convencer á sus compañeros de que era inhumano entibiar la ilusión de los maridos incipientes, sometiéndoles á contemplaciones nada propicias.

También se pensó en no poner más que un servicio de mesa para cada pareja, previendo que los primeros días suele el novio dar de comer á la novia, é instintivamente beben ambos en el mismo vaso; pero triunfó la higiene sobre la suspicacia en el ánimo del Consejo, y se acordó colocar dos servicios ¡y allá ellos!

Inútil es decir que con tantos refinamientos el precio del billete especial para utilizar estos vagones es una de las partidas más importantes de los gastos de boda; pero la empresa, siempre filósofa al paso que administrativa, ha sabido lo que se ha hecho, porque en tales ocasiones no se repara en gastos.



PEPE FRANCOS RODRÍGUEZ

LA PRIMERA AUTORIDAD

En lo que no ha estado acertada es en enganchar estos vagones nupciales á los trenes rápidos; tengo la seguridad de que los interesados preferirían que fuesen enganchados á los mercancías; porque dura más el viaje.

Si se establecen algún día en España, este detalle no contrariará á la parroquia, pues por muy rápido que sea el tren, siempre tendrá tiempo sobrado para todo.

Recién casados habrá que al término del viaje estarán ya maldiciendo del matrimonio.

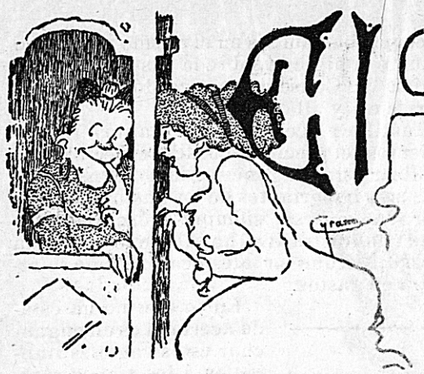
Y si es en época de nieves, puede darse el caso de que los que salieron de Madrid con el traje de novios, lleguen á la Coruña ó á Málaga con un hijo.

Recapaciten nuestras empresas el día que se decidan á establecer este servicio, si convendría dotarle también de un comadrón ó de una matrona autorizada.

Bromas aparte, la innovación es ventajosa, tanto para los recién casados como para los demás viajeros; porque yo no sé quiénes sufren más en el viaje, si los novios teniendo que soportar las impertinencias de la gente, ó la gente teniendo que soportar las impertinencias de los novios.

Hay que verse en ambos casos, y yo, en buena hora lo diga, todavía no me he visto en ninguno.

El Sastre del Campillo



El confesonarjo

CARMEN IBAÑEZ

De modo que me toca á mí ahora, padre confesor de La Hoja de Parra?

Pues aquí estoy con mis pecadillos á flor de labio, dispuesta á merecer su absolución á costa de muy poca penitencia. ¡Como que en mi vida he hecho nada que merezca censura!

¿Cree usted, padre mio, que es pecado amar? Pues acúsome de haber pecado más de una vez, y acúsome de estar dispuesta á reincidir apenas me separe de la rejilla del confesonario. No me ponga usted mala cara. ¡Si son «ellos» los que tienen la culpa! Yo, pobre de mí, resisto todo lo que puedo... Si me siguen por la calle, aprieto el paso; si me hacen guiños desde las butacas cuando estoy en escena, pongo los ojos en blanco para no verlos; si se atreven á más y se acercan, y me dicen al oído esas barbaridades que suelen decir los hombres á las mujeres guapas, les ruego que no me las repitan, por Dios y por los santos...



CARMEN IBAÑEZ

Pero si, á pesar de todo, insisten y se encalabrinan, y continúan mareándome, ¿qué quiere usted que yo le haga? ¿Es que voy á matarles para que me dejen en paz? Yo recuerdo de cuando me enseñaban la doctrina, que Jesús nos dijo en cierta ocasión: «Amaos los unos á los otros.» No creo que usted, padre y confesor mío, declare recusable el testimonio. ¡Es tan dulce eso del amor!

Acúsome también de tener una picara inclinación á la alegría. Mi cara la verá usted con la misma sonrisa el día de Viernes Santo que el Martes de Carnaval, porque entiendo que no hemos venido á este mundo para tomarlo en serio y procuro echarlo todo á broma. Por eso me hice artista de «varietés» en lugar de contratarme en una compañía dramática de esas que representan cosas espeluznantes, que ponen de punta el cabello de los espectadores. Con mis «couplés» les pongo yo de punta cuando quiero y cuanto quiero, y no me remuerde la conciencia de hacerles padecer.

Paréceme que no es esto ningún crimen que merezca de penitencia una cosa muy gorda, muy gorda...

Y aquí se acaban mis pecados.

Si por amar y por reir se me condena, acato el fallo.

Pero antes de dictar sentencia fíjese mi confesor en el retrato adjunto, y si se siente padre, péneme; pero si no se siente padre... ¿qué le diré que haga con esta penitente?

Carmen Ibáñez

SEGURITA

Señores... y señoras:

A la gente le ha dado por decir que yo soy un hombre serio, y es verdad.

Digo esto antes de nada, para que sepan ustedes que si refiero pocas aventuras es porque no quiero inventar.

Yo, claro está, he hecho lo mío como cualquier otro hijo de Dios. Pero para mí, y supongo que para ellos también, no todo el campo ha sido rosas. ¡Ni mucho menos! Que á los ratos buenos siguen otros, ¡que ya, ya!...

Mis principales aventuras han tenido su acción pasado «el charco», donde he estado cuatro ó cinco veces.

Mi temperamento ni aquí ni allá se ha prestado nunca á prendarse de una mujer así porque sí, y á hacer el tonto detrás de ella; pero, vamos, á veces las cosas vienen rodeadas de circunstancias raras, y por mucho que se quiera «reservar» uno, allá que se va...

En Chile, por ejemplo, tuve unos amores que no yo, ni el casto José hubiera podido evitar.

Figúrense ustedes: Me coge un toro, me hace un rasguño, poca cosa, me meten en la cama y ¡zás! allá que te va. Se coloca á mi cabecera una chilena, morena y brava, con cada ojo que era un abismo y cada pecho que era una catedral, y me dice que quiere curarme... ¡Por agradecimiento siquiera!

Por agradecimiento la dejé yo que hiciera de mí lo que quisiera, como era natural en todo hombre bien nacido, y á mi lado la tuve mientras duró la convalecencia.



ANTONIO SEGURA

Después ya vino lo peor. Se la metió entre ceja y ceja que debía casarme con ella, y no sé, no sé cómo me arreglé para evitarlo, porque mi agradecimiento no llegaba á tanto. Para no «diñarla» fué preciso que me escapara de mala manera.

Más tarde, en Méjico, una ciudadana quiso que le visitara con ella una porción de volcanes que hay en la tierra de don Porfirio, y como yo no sé decir que no á nada, accedí á sus deseos y allá nos fuimos los dos y, ¡vaya calor!

Yo me quedé asombrado cuando llegamos á lo alto de uno de aquellos montes, y la mejicana me enseñó el cráter.

¡Señores, qué agujero tan grande y tan negro tenía!

Les confieso á ustedes que sentí un poco de miedo, y qué sé yo, acaso desde aquel día tome este aspecto de hombre serio.

En España he tenido también algunas complicaciones amorosas. Pero ¡ay, amigos! aquí la «diñé». Conocí á una muchacha muy guapa y tan buena como bonita, y caí con ella. Con ella me casé, con ella tengo varios hijos y con ella vivo tan ricamente.

Y desde que pertenezco á la comunidad de los enlazados, nada. Ahora sí que soy «invulnerable».

Yo creo efectivamente que todos hemos nacido para querer y que el que no quiere no vive. Y así me parece muy bien que el que no «eligió todavía» busque de un lado para otro... Pero cuando se tiene la suerte de dar con una mujer que le satisface á uno por todas, se debe ser para ella sola.

Antonio Segura
Segurita

LOS AMORES DEL "VIVILLO„

MEJOR dicho, sus amores, porque rara vez fué mio el amor que inspiré.

Encaramado en la leyenda formada por las luchas que se me han atribuido, mi persona es conocida en toda España. Mi nombre, llevado en alas del telégrafo á una y otra parte, sonó con raro timbre en los oidos femeninos.

—¡Quién pudiera estar con el «Vivillo»!

Esta exclamación salió de muchos pechos femeninos, seguramente. Mujeres hubo que, dominadas por su extraña curiosidad, me escribieron cartas dándome citas y brindándome amores.

Unas veces acepté y otras no hice caso. Errando por villas y aldeas, perseguido por casi todos, aunque deseado por algunas, mi vida, en su mayor parte, ha sido una existencia de ansiedades y sinsabores. El amor requiere quietud, necesita tranquilidad, exige tiempo. Yo he tenido que contar los minutos por horas, y los dias por años, y he tenido mis amores, sí, pero amores relámpagos.

Mi tipo es el moreno. La mujer que me encanta es la andaluza agitanada, la de ojos negros como la noche, pecho erguido, corto y arrogante, tez quemada del sol, labios de sangre y corazón de fuego.

Pero valga la verdad, no tuve ningún amorio con mujer de estos adornos; las que me dirigieron cartas y se me ofrecieron rendidas, eran casi siempre rubias espirituales, soñadoras sensitivas, flores de jardin. Las bravías amapolas de Sierra Morena no sintieron por mí ningún quebranto... ó al menos no me lo han dicho nunca.

Todas me pedian retratos. Yo las contestaba siempre excusándome de enviarles mi efigie. Temía romper el encanto no sé por qué, pues, como he dicho antes, ninguna llegó á interesarme.

Algunas, ante mi negativa, insistían pidiéndome al menos una tarjeta postal. ¿Serían coleccionistas?

Recientemente mandé tres tarjetas; una á... que vive en Cartagena; otra á... que vive en Málaga y la última á Badajoz.

En todas puse mi pensamiento con mi firma al pie.

A la cartagenera la dije:

«Las luchas, los sufrimientos y las desgracias de la Humanidad forman los umbrales del templo de la virtud, y sus mejores Apóstoles son los que alivian las dolencias de sus semejantes.»

A la malagueña:

«No hay ejemplo mejor que verse caído, para darse cuenta del corazón humano.»

A la extremeña:

«El hombre privado de su libertad y sumido en la impotencia, es lo mismo que el león cuando lo encierran y le cortan las garras.»

Pero voy á contar á ustedes mi última aventura de esta clase:

Acababa yo de salir de la prisión porque el justo fallo del Jurado acababa de romper las ligaduras de la ley.

Mis primeros pasos por las calles de una moruna y hospitalaria ciudad andaluza estaban llenos de vacilaciones. Cuarenta y tres meses de cárcel hacen perder el sentido de la vida; los aires fétidos de las prisiones españolas empobrecen la sangre, debilitan los nervios y apagan la inteligencia.



El ilustre hombre público D. Joaquín Camargo (a) Vivillo, dando una conferencia á los escritores Pedro de Répide (1), Paco Gómez Hidalgo (2) y Leopoldo Bejarano (3), sobre el «Concepto de la propiedad literaria».

(Fotografía de Alfonso, hecha expresamente para LA HOJA DE PARRA *)*

Hallábame yo á la puerta de una taberna, cuando se acercó á mí una garrida moza, de carnes duras y tersas; de pelo como la endrina, de ojos grandes y negros, de cara gitana, de andar de navío. ¡Era mujer de mi gusto, vaya! Miréla un momento, y ella no quitó su vista de mí hasta que no llegó á mi lado. Parecía la barca que, guiada por el faro, se dirige ansiosa al puerto tranquilo, huyendo del vendaval que la sigue. Pero aquella mujer llevaba ya la tormenta en su alma.

Cuando ya estuvo junto á mí, me tendió con garbo su mano de raso.

—¿Es usted el «Vivillo»?— me preguntó.

—Yo soy, para lo que usted mande. Las mozas como usted son reinas donde llegan.

Se sonrió con aire de triunfadora.

—Pues yo— siguió diciendo, mientras, sentada frente á la mesa que yo ocupaba, yo, tocaba las palmas llamando al chiquillo de la taberna— he venido aquí para verlo, para estrechar su mano y para tomarme unas cañas con usted. ¿Hase?

—Usted manda—repuse yo.

La gente nos miraba con extrañeza. Aquella hembra iba engalanada con los secretos del cofre grande. Estaba tentadora.

A mí me conocía todo el mundo. A ella... podía conocerla alguno que tenía derechos adquiridos.

Abandonamos, pues, la calle, y subimos á un cuarto del piso superior.

El montilla brillaba en sus manos con destellos de oro. Sus ojos, refulgentes, relampagueaban, clavados en mí. Yo sentía una especie de dulce mareo ante hembra tan hermosa.

Me hizo mil preguntas. La di cien respuestas.

Pero algo raro tenían sus ojos: algo extraño leía en su alma. Aquella mujer no miraba como todas; sus sonrisas parecían orgullosas, muecas de estatua.

Ya estaba próximo á coger sus manos entre las mías y á apretar su carne contra mi carne, y á sellar sus labios con un beso de pasión...

En aquel momento su mirada acentuó su extraña irradiación.

Me fijé, ya sereno, y saliéndome fuera de la estancia, dí al fin con el secreto de aquellos ojos. No llameaban de lujuria, no; relampagueaban de vanidad...

Joaquín Camargo Gómez
(a) Vivillo

EL TRIUNFO DE DON JUAN

PERSONAJES

DOÑA ANA DE PANTOJA.—LUCÍA CIUTTI

ESCENA PRIMERA

Estancia en casa de doña Ana.

DOÑA ANA.—¿Dijote que vendría seguramente?

LUCÍA.—Creedme, señora.

DOÑA ANA. — ¿No equivocarías tú sus razones, y supondrías para realizar hoy lo que él prometió hacer otro día?

LUCÍA. ¡Oh, no, señora, no! Don Juan ofrecióme venir en punto de las nueve... y hasta doró mi voluntad para asegurarse de hallar descorridos los cerrojos de la cancela.

DOÑA ANA *(equívocamente)*.—¿Y tú accediste?...

LUCÍA. - ¡Oh, no, señora!

DOÑA ANA. - ¿¡Cómo!?

LUCÍA -... Al primer ruego, no... Hubo de doblar su petición... y su oro... Mas si queréis, torno á cerrar presto.

DOÑA ANA. — Sí; hasta entonces no estaré tranquila...; pero aguarda... tiempo sobrado habrá de hacerlo...; no recuerdo qué deseaba ordenarte.

(Hay una pausa.)

LUCÍA.—Vos sólo conocéis á don Juan por referencias, señora. Sabéis que jugó á don Luis vuestro lecho, sabéis que es audaz, sabéis que es guapo. Pero ningún elogio puede dar la medida de su osadía y su hermosura. ¿Qué música semejariase á la insinuación imperativa de su voz? ¿Qué líneas darían idea de la gallardía de sus aptitudes?... ¡Oh!, estoy orgullosa de ser doncella vuestra, porque habéis merecido una mirada suya.

DOÑA ANA. —Tal vez sea una exageración.

LUCÍA. —Bien se conoce que no le habéis visto.

DOÑA ANA.—Pues conoces mal... Anoche —era más de mediada y había huído el sueño de mis párpados—me asomé, para gozar del aire, á una de las rejas que miran á la plazoleta... Ya iba á retirarme, cuando á lo lejos se destacó una figura de hombre, y comenzó á avanzar mesuradamente...; sus espuelas producían un sonido áureo y rítmico sobre los guijos de la calle. Era su continente altivo; larga pluma tremolaba al siniestro lado de su sombrero; recatábase el rostro en el embozo de su capa, que caía en pliegues amplios, abatiéndose sobre la espada, tendida hacia atrás en un ademán de hidalga fanfarronería. ¿Que cómo es su rostro y cuál es la color de su tez y los detalles de su persona? No lo sé, Lucía...; duró esto apenas un instante, sentíme acometida de turbación insólita, y la mirada de unos ojos...

LUCÍA.—Negros.

DOÑA ANA.—... Fué una caricia enloquecedora sobre mi frente, sobre mis hombros, sobre mi boca, sobre mis senos, sobre toda yo... ¡Ay, Lucía!

(Se oyen tres aldabonazos lentos, dados en la cancela.)

DOÑA ANA.—¡¡Dios mío!!

LUCÍA.—¿Abro?

DOÑA ANA.—No... Asegúrate antes... no sea don Luis.

(Vase Lucía.)

ESCENA II

En la calle, frente á la mansión de doña Ana. Pasa una ronda, y cuando ha desaparecido tras las revueltas de una callejuela, del quicio de una puerta, sobre la cual hay un lampión apagado, surge CIUTTI.

A fe que por ahora no es mi situación envidiable. Si se descubre mi truhanería, daráme don Juan más cintarazos que estocadas diérale á él ese viejo Comendador... Pero no haya temor, hállase harto intrigado con la aventura del convento; esa novicia hale vuelto loco, y por ella hace gracia de su visita á la prometida de Megia... Voy, pues, á suplantar á mi señor en mi beneficio; ella no le conoce, y estas sus ropas hanme de dar cierta semejanza.

(Se emboza. Un reloj lejano da nueve campanadas.)

¡La hora! ¡No tuve más temblor cuando en el ejército de Italia combatí por primera vez contra los franceses!... ¡Mi única aventura amorosa! ¿Habíame de conformar siempre con las criadas de las damas seducidas por mi señor?... ¡Ea, no más titubear..., fuera indigno criado de quien sirvo!

(Se acerca á la cancela y da con el aldabón tres golpes. Transcurre un rato, y ya transcurrido, se abre el postigo cautelosamente, y la voz de LUCÍA *dice):*

Por aquí, por aquí, don Juan...; con tiento... ¡Ay, si supierais cuánto me ha costado!...

ESCENA III

(En la alcoba de doña Ana.)

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

ESCENA IV

(En la misma estancia que la escena primera, doña Ana, despeinada y pálida, entra concluyéndose de abrochar un ropón blanco. Lucía, que ha ido á guiar á Ciutti, á la salida, torna con esa irrespetuosidad que da á las criadas la complicidad de sus señores, y le pregunta):

LUCÍA.—¿.....?

DOÑA ANA.—¡Oh! ¡Efectivamente, no ha mentido la fama, ni me ha engañado la ilusión; sobre el haz de la tierra no hay más ardiente ni cumplido amante que don Juan!

Alfonso Hernandez Catá

PARTES DE LA MUJER

Bajo dos arcos de ébano bruñido,
entre nítidos pétalos de rosa,
refulgen las lucernas de tu alma
vividamente.

Tan negras son que ciega su negrura
y en su fondo absoluto, inescrutable,
hay un astral, mirífico, ultrahumano,
fulgor de enigma.

¡Oh, cuántas veces, náufrago, en tus ojos
al fluir la fontana del origen,
vi, delirante, en el livor oculto
brillar lo eterno!

¡Oh, cuántas veces llameó en el iris
de tus pupilas el voraz incendio
por mi afán penetrante encandecido
en tus entrañas!

¡Y cuántas veces, crepitando en ósculos,
destiló el elíxir de la existencia
la lumbre del amor y fué tu vientre
troquel de vidas!...

Rafael Lopez de Haro



OTRA DE LAS ARTÍSTICAS POSTALES QUE LLEVÓ AL SENADO DON ESCARTÍN

EL IDEAL

¡El ideal! ¡El ideal! Tan con voz hueca se dice que parece algo superior é insigne, cuando todo ideal es deseo de mujer al fin y al cabo, falta de mujer; incomprensión de la mujer, y en los que la tienen falta de sabérsela bien ó vejez de ella. En vano se encumbran y se vuelven airadamente los ideales contra las mujeres cotidianas. Los ideales los tienen ellas, ellas, las mujeres vulgares, que no necesitan ser más que de carne y hueso. El ideal lo resume no una mujer de marfil, de gasa, de celuloide, de colores de paleta ó tintas grises de fotografía, sino de carne de mil colores, esa carne cercana, con pequeñas notas herpéticas, salpullidos leves, moteada de cambios de color inapreciables, sutilmente porosa, y en la que es más importante que la línea y el color, la tibiez en toda ella menos en la de los pechos destemplada y friolenta, con la fiebre desigual é incomprensible de los volcanes y de las sulfataras. Mujer que está más que en su rostro y en su total en ese sutil detalle, en ese pequeño defecto que se sabe dónde está, y que hace más real y más fijo todo el resto.



Y para combatir el ideal que se crece y se hace autoridad y pena para el hombre, para adquirirle, sin duda, y para que no nos burle hay que no creer en las categorías, y saberse bien: una mujer muy negraza, muy rojiza, muy sobrada, helada en los dientes y ardiendo en las anginas, que dé saltos de tigresa, que tumbada sea mucho mayor que de tamaño natural, que tenga unos brazos muy largos que se nos aten bien en cinco vueltas por lo menos, y unas piernas muy largas que se anuden y se desaten, muy prietas, muy ovilladas á las nuestras, y unos pechos macizos, extensos bajo los brazos, con sus cabujones accidentados, pintorescos, orillados en derredor por una piel quemada, erupcionada, obscura por su lava y por su yodo; una mujer que puede ser muy fea y vestirse muy mal, con medias rojas y amarillas y un pañuelo rojo y amarillo anudado á la garganta.

Hay que haber tenido esta mujer y haber secreteado con ella sin ideal—esa discordia absurda—para haber conseguido el ideal. Y conste que no predico la lujuria, una lujuria desordenada y sucia, sino el sencillo é ingenuo hallazgo de todas las ideas, de todos los lujos, de todas las fiestas y de todas las soluciones, en esa mujer, que todavía puede ser más brutal, de más vasta encarnadura y hasta más fea para redimirse aún más del ideal nocivo, descontentadizo y febril. Oir en la mujer, saber en ella á la vez de gozar, sin estudiarla como un autor de novelas pornográficas, ni como un filósofo, ni como el lamentable Musset ante Rola la desnuda, ni como San Antonio. Adquirir la serenidad sobre todo. Ni el fanatismo de la mujer ni el escepticismo, sino el *conjuncionismo*. Sentir cómo se entra en la tierra planetaria hasta esa región central encendida y formidable de la tierra, que es la región del fuego, y sentir así la conexión con las estrellas.

Todo esto, calladamente, en un espasmo lúcido y plenario, que desmentirá y humillará todo lo transcendental y lo sesudo, pero en el que hay que entrar olvidados de todo para comenzar en ese momento la verdad y la efusión.

El *nosce te ipsum* está en ese momento: sus cabellos bien desatados y bien esparcidos y toda ella extendida y desparramada, tan larga como no era antes de ese momento visionario, que da su imperio al hombre, todo el imperio que retenía el ideal y que ella le arrancara. Y si ella es Isabel, y él Fernando, igual que aquellos reyes, como ellos dueños de un imperio en que no se pondrá tampoco el sol, habrá una divisa en su lecho de bodas que diga con franqueza:

Tanto monta, monta tanto
Isabel como Fernando.

Ramón Gómez de la Serna

(Prohibida la reproducción.)

LAS APARIENCIAS

Ni el señorito era costal de paja ni la pizpireta Gertrudis pitoche despreciable.

Y como al uno se le encandilaban los ojos al contemplar las rotundas morbideces de la chica y á la chica se le agrandaban las ojeras pensando en los bigotes de su zaragatero señorito, en aquella casa reinaba la canícula y la señora andaba más escamada que un besugo.

Y la verdad es que el pícaro de Amalio, á pesar de estar enamorado de su mujercita, rendía un culto demasiado ferviente á todo lo que se vistiera por la cabeza, excepción hecha de los clérigos.

Pero en la presente ocasión su pensamiento era muy otro; un negocio editorial le hacía cavilar más de lo justo y se había convertido en una pesadilla.

Como todo lo vence la constancia, los desvelos de Amalio tuvieron un premio y el día de ventura surgió espléndido.

Don Fructuoso, el impresor, se captó las simpatías del joven haciéndole una considerable rebaja, y Homobono, el que le auxiliaba en las tareas administrativas, no se daba punto de reposo en el envío de circulares y paquetes de folletos á provincias.

Rafaela, más alegre que unas castañuelas, había salido de compras, y Amalio, en su despacho, emborronaba papel con cálculos y proyectos.

Un sol de Julio se filtraba por las rendijas de los balcones y un ambiente de sensualidad y lujuria se aduеñaba de todos, y hacía pensar en esas voluptuosas siestas andaluzas, en que las mujeres más firmes se rinden á los pensamientos livianos y á los latidos de la sangre moza, enardecida por el calor y el deseo.

Gertrudis, con poca ropa y perneando briosamente, traginaba de un lado para otro canturreando como un pájaro.

Mientras tanto Rafaela, ya cansada de recorrer tiendas y curiosear almacenes, regresaba á su casa deseosa de sorprender á su marido con los exquisitos postres que le había comprado.

DESPUÉS DE LAS DOCE Y MEDIA



—¡Y pensar que ahora tiene una que empezar con lo otro!...

Terminados sus números y presupuesto, Amalio se disponía á abandonar el despacho, cuando con gran desencanto notó que sobre el amplio sofá se alzaba descomunal rimero de folletos para el extranjero.

Homobono había salido, y aquella remesa debía aprovechar los correos de medio día.

—¡Gertrudis! —gritó Amalio—¡trae papel de envolver y bramante!

A los pocos minutos la garrida moza le entregaba todo aquello, y nuestro apreciable amigo procedía á la confección de los paquetes; pero como el calor apretaba y la soledad invitaba al *deshabillé*, se despojó de la americana y se quedó en mangas decamisa y con unos pantalones blancos que por el color y lo livianos más parecían calzoncillos.

En esta guisa y con la mayar premura continuó la labor hasta que el rápido correr del tiempo le hizo llamar á Gertrudis para terminar antes la faena.

Y muy juntos, demasiado juntos aquellos cuerpos jóvenes y ardorosos, principiaron á hacer nudos y á lanzar unos suspiros capaces de apagar una luz eléctrica.

Las manos de Amalio más de cuatro veces se dirigieron codiciosas á las opulentas formas de la doncella, pero lo peligroso de un viaje á Citerea en su propia casa, y la urgencia del trabajo por otro lado,

enfriaban sus entusiasmos y le hacian ser prudente...

Una fatal coincidencia descompuso aquel día el timbre eléctrico, y la pobre Rafaela se hartaba de llamar á la puerta.

Torcedora duda asaltó su imaginación y la hizo llevar el oido al ojo de la cerradura y escuchar el siguiente diálogo:

—Señorito, ya no tengo fuerza, apriete usted un poquito más... viene demasiado justa...

—Hija mía, yo que culpa tengo de que sea corta.

Rafaela, que no participaba de tal opinión, se quedó asombrada, y su indignación subió de punto al oir á Gertrudis que decia:

—¡Dios mio! ¡Buena la hemos hecho! ¡Vaya una mancha que hemos echado en el sofá! ¿Qué dirá la señorita?

¡Qué iba á decir! Nada.

Sus vigorosos puños aporrearon la puerta de tal guisa, que Amalio y Gertrudis, sudorosos, encarnados, y con la fatiga natural de quien ha trabajado mucho, se precipitaron á franquear el paso á Rafaela.

Y esta es la hora en que ni su marido ni nadie ha podido convencerla de la inocencia de lo ocurrido mientras ella escuchaba tras de la puerta aquellas frases de ¡Apriete usted!... ¡Viene justa!... ¡Es corta!... ¡Vaya una mancha!...

Porque, á la verdad, le ocurre lo que á la mujer del César, que, además de ser honrada, tiene que parecerlo.

Antonio de Lezama

LA CITA

«—Hermosa del alma mía:
Hoy, durante todo el día,
te espero en mi habitación...»

. . . . . .

Y Rosa, que no entendía
bien la carta, la leía
con creciente agitación.

—Iré, sí—decía Rosa,
paseándose furiosa,
presa de cruel ansiedad—
y he de mostrarme orgullosa
ante tanta falsedad...
—¡Falso! ¡Perjuro! ¡Traidor!
¡Habráse visto mayor
desvergüenza! ¡Y éste era
el que me juraba amor
para que yo le quisiera!
—El que con pasión ardiente,
al mirarme sonreía
y, después, muy dulcemente,
decía que me quería...
¡hasta la pared de enfrente!
—¡Qué desencanto, Señor!
¡Yo que creí que su amor
sería puro y sincero!
¡Yo que pensé que el traidor
era todo un caballero!
—¡A mí, niñita inocente,
que, loca y enamorada,
acepté su amor ardiente,
prepararme esta emboscada
de modo tan insolente!
—¡Vaya si iré!—repetía.—
Hoy, durante todo el día
me espera en su habitación.
y juro que su osadía
va á llevar una lección!
—¡Iré, sí!— Quiero insultarle
por traidor; quiero matarle
como merece, y después,
quiero también humillarle
y que se arrastre á mis pies...
—Será inútil su aflicción
y cuanto haga será en vano,
pues no obtendrá mi perdón;
que proceder tan villano
no merece compasión.

Volvió la carta á leer
varias veces, sin saber
qué partido tomaría,
ni atreverse á resolver,
ni decidir lo que haría...
Pero, al fin, resuelta, Rosa
penetró en su tocador...

. . . . . .

¡Y se vistió, presurosa,
la camisa más lujosa
y el corsé más tentador!

José Juan Cadenas

LOS EJEMPLOS DEL SEÑOR ABAD

COMOQUIERA que los ejemplos entran más por los ojos que cualquier sentencia profunda, y son más persuasivos que un silogismo lógico, el señor Abad gustaba de enseñar á sus fieles con ejemplos edificantes.

Una tarde, terminado el yantar, platicó con su criada, á la que tenía por rústica. Y para demostrarla que los milagros divinos se muestran nuevamente cuando se desconfía de su existencia, dijo así:

—También Dios Nuestro Señor hizo milagros que fueron dudados aun por sus mismos discípulos. Al resucitar mostróse á varios apóstoles. Tomás, uno de ellos, dudó que hubiera resucitado. Y Jesús se le mostró con las heridas que sufriera en la cruz. Tomás, incrédulo —ver y creer—, llegó hasta introducir sus dedos por la lanzada que tenía en un costado el Señor.

La herida era como unos labios que manaban sangre. Tomás tocó y convencióse.

Y el señor Abad enseñó á su doméstica, en forma práctica, cómo Tomás había metido sus dedos por aquella hendedura.

Y cuéntase que por la noche, terminada que estaba la colación del clérigo, su criada, á quien tenía por rústica, díjole al tiempo de levantar los manteles.

—¡Ay mi señor Abad! ¡Cómo quisiera que volviese á mostrarme el ejemplo!...

Tomás Borrás

LA ESPARZA, REAPARECE

La gentil, gentilísima Emerita Esparza está en Madrid, y en breve tornará su hermosura y su arte al escenario.

Pero Emerita no vuelve tiple como nos dejó. Un empresario listo, el Sr. Moriones, realiza ó realizó ciertas gestiones, en virtud de las cuales la Esparza reaparecerá en el Trianon-Palace cantando couplés escritos para ella...

Auguramos á Emerita un éxito enorme, colosal. Y al Sr. Moriones le felicitamos.

¿Ve usted, amigo, cómo hay artistas guapas que llenen el teatro? Pero, claro, que es preciso buscarlas, y sobre todo, pagarlas lo que quieren y merecen ganar.

Y así, verá usted...

DESNUDOS
DE NUESTRAS ARTISTAS

LA HOJA DE PARRA agasajará muy en breve á sus lectores con unas reproducciones fotográficas de algunas de las más conocidas tiples y coupletistas vistiendo tan solo la transparente malla de seda.

¡Nada de faldas, ni de blusas, ni de sombreros «ensombrecedores»! ¡Nada de corsés, ni de ligas que oprimen las carnes y alteran el clasicismo de la línea!

Tal y como la Naturaleza modeló con hojas de rosa esas esculturas, hechas para reproducirse, así se ofrecerán ante nuestros ojos, que evocarán ante ellas la visión de Susana la Casta y de Friné...

Las artistas que se han ofrecido á dar esta muestra de su deferencia al público y á LA HOJA DE PARRA desean —y nosotros respetamos su capricho— cubrir su cara con un antifaz para evitar tropiezos con los exaltados y con los moralistas de nuevo cuño.

Sea así.

Y vaya á ellas nuestro reconocimiento, tan grande como la simpatía que nos inspiran, ya bien demostrada.

Para evitar reclamaciones molestas, advertimos que no se devuelven los originales, y que no se publican otros trabajos que los que hayan sido solicitados.

"LA HOJA DE PARRA,,
EN BARCELONA
KIOSKO «EL SOL»
Rambla de las Flores (frente á Puertaferrisa).

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.